

Los incendios del siglo XXI

Miguel Ángel Soto, responsable de la campaña de Bosques y Clima de Greenpeace

En el momento en que se escriben estas líneas, primera semana de octubre de 2011, aún humean los montes del sur de la provincia de Ourense. Una región asidua al fuego como es el Noroeste peninsular ha sido sorprendida, un año más, por un final de verano inusual, si es que todavía nos debemos asombrar del largo listado de salidas de rango que la meteorología nos viene regalando en el último decenio: el pasado mes fue el septiembre más cálido desde hace 21 años.

Semanas antes la Consellería de Medio Rural de la Xunta de Galicia había empezado ya a recoger los bártulos. Una parte del operativo antiincendios recibió la orden de volver a casa y las autoridades cerraron el 30 de septiembre oficialmente la temporada de máximo riesgo de incendios. Pero la realidad se impuso y la situación obligó a requerir la intervención de la Unidad Militar de Emergencias (UME) y medios de otras comunidades autónomas. En cuatro días de octubre se han contabilizado en la provincia de Ourense 1.400 hectáreas de superficie forestal quemadas, lo que en términos porcentuales supone que en este territorio tradicionalmente castigado por las llamas el fuego arrasó en cuatro jornadas el 20 por ciento de todo lo quemado hasta la fecha en 2011.

Salvando las distancias, esta “pequeña” emergencia recuerda veranos como el de 2007 en Grecia, cuando más de 200 focos generaban una crisis política en Grecia. Fuegos que costaron la vida a más de 60 personas y mantuvieron a los servicios de extinción en un inmenso caos. Para los escépticos que todavía no quieren reconocer los cambios que estamos produciendo en el clima del planeta conviene recordar que aquella oleada de incendios que arrasaba el Peloponeso fue similar a la que afectó a Portugal en 2003, cuando el gobierno portugués decretó el estado de desastre natural después de que 18 personas perdieran la vida y ardieran 400.000 hectáreas de terreno, el 10% del total de la superficie de este país. También, el año 2003 fue trágico en el Sur de Francia, donde murieron cuatro personas y miles de personas tuvieron que ser evacuadas. Portugal sufrió de nuevo una oleada de incendios en 2005 y en 2007; el sur de Italia y la isla de Sicilia vivieron, salvando las distancias, situaciones similares. Y en todos los casos el nivel de debate político alcanzado tras el paso del fuego indica que nadie quiere reconocer lo que está pasando.

Convendría hacer memoria y reconocer que pese a que los españoles somos expertos en esta materia no hemos sabido tomar decisiones políticas capaces de afrontar las dimensiones del problema. Recordemos de nuevo la huella que el fuego ha dejado recientemente sobre nuestro suelo: el incendio que comenzó en Riotinto el 27 de julio de 2004, recorrió en tres días 35.000 hectáreas en las provincias de Sevilla y Huelva, dejando varios fallecidos y enormes daños económicos; el descuido en una barbacoa en Riba de Saelices (Guadalajara), el 16 de julio de 2005, provocó un infierno que duró 3 días y quemó 12.700 hectáreas, atrapando a un retén de trabajadores, con un resultado final de 13 muertos; la oleada de incendios en Galicia entre el 4 y el 12 de agosto de 2006 se cobró varias vidas y quemó más de 80.000 hectáreas. El verano de 2007 dejará para la historia grandes incendios en las Islas Canarias de Tenerife y Gran Canaria o el que comenzó en las instalaciones militares de Cerro Muriano y se propagó por los bosques vecinos.

Los expertos nos advierten que cada vez con más frecuencia vamos a tener que acostumbrarnos a convivir con el denominado "triángulo del fuego": días (o semanas) críticos con temperaturas de 30 grados, con vientos superiores o del orden de 30 kilómetros por hora y una humedad relativa inferior al 30%. En estas condiciones el fuego es ingobernable y la extinción sólo es posible cuando las condiciones meteorológicas dan un respiro. Lo vimos en Guadalajara en 2005, en Galicia en

2006, en Canarias en 2007 y hace unos días de nuevo en Galicia.

Miremos un poco más atrás. El año 1994 fue el peor año de nuestra historia en incendios forestales. En 4 días infernales con condiciones meteorológicas extremas se iniciaron 9 incendios que devastaron 197.882,5 hectáreas, 178.628,7 de ellas forestales. Tres rayos provocaron incendios en Teruel, Castellón y Valencia, quemando en pocos días superficies superiores a 19.000 hectáreas cada uno. El mal mantenimiento de los tendidos eléctricos provocó dos macro incendios en Barcelona y Murcia, con resultados similares. Durante esta crisis, había tres incendios de grandes dimensiones y simultáneos en Valencia, dos en Barcelona y ardían también los montes en Almería. En este año se registraron seis de los diez incendios más grandes (todos mayores de 5.000 hectáreas) desde 1968, fecha en la que empieza la estadística de incendios forestales en nuestro país. Los servicios de extinción se enfrentaron a un problema jamás visto hasta la fecha y sobra decir que la coordinación fue imposible, los medios insuficientes y la alarma social considerable. Alguien recordó que este tipo de situaciones eran nuevas y que no estábamos preparados para hacerles frente: los bomberos no sabían lo que tenían entre manos.

También en regiones remotas pero con climas similares, como en California, han pasado por este trance. En el año 1991, en plena sequía californiana, un devastador incendio afectó las colinas cercanas a Oakland. Este incendio fue en aquel momento el tercer incendio en magnitud de la historia de los EEUU, con pérdidas económicas enormes, y afectó a un área de bosques y viviendas, con gran cantidad de matorral combustible. Esto hizo que el fuego se propagara como en un bosque y causara el mismo daño que en una ciudad. La Compañía Aseguradora Swiss Re, que dispone de un equipo de investigación sobre el Efecto Invernadero, avanzó que este tipo de incendio puede ser precursor de un nuevo tipo de catástrofe que podría volver a ocurrir incluso a gran escala en EEUU, Europa Occidental u otras de las naciones industrializadas. Los servicios contraincendios americanos que trabajaron en el incendio de las colinas de la Bahía Este fueron más claros; lo llamaron "*los incendios del futuro*".

Y todo apunta a que el futuro ya llegó. Los datos e informes que en los últimos años han alertado sobre las consecuencias del cambio climático han dejado claro que, junto con los cambios de la calidad del suelo, los incendios forestales son uno de los impactos indirectos más importantes del cambio climático. Los científicos han advertido que el cambio climático aumentará el impacto de las perturbaciones (el fuego entre ellas), tanto naturales como de origen humano, y afectará a la estructura y funcionamiento de los ecosistemas terrestres.

En línea con estas predicciones los incendios del siglo XXI nos muestran un nuevo rostro del fuego, una nueva generación de incendios provocados por la mano del hombre pero difícilmente abordables desde enfoques convencionales. Oleadas incendiarias que ponen en jaque gobiernos y provocan debates hilarantes sobre supuestas autorías donde caben todo tipo de tramas políticas, fantasmas nacionales y guerras olvidadas. Crisis políticas donde los responsables buscan una mano negra y donde el rival político suele aparecer en el punto de mira. No son nuevos estos espectáculos donde junto a las oportunas reflexiones sobre la coordinación (¿sabemos verdaderamente coordinar estos desastres?), la carencia de medios, la detención de los incendiarios, la aplicación del código penal, etc. se mezcla mucha demagogia y una estrategia de desgaste contra el partido en el poder.

Nadie duda ya que uno de los fenómenos implicados en el mayor riesgo de incendios es el cambio climático global, producido por el incremento de gases de efecto invernadero (GEI) en la atmósfera terrestre. Los expertos en cambio climático ya vaticinaban hace años que la región mediterránea sería de las zonas del planeta más afectadas por el cambio climático. Hay numerosos datos de que en todo el mediterráneo el régimen de incendios forestales esta variando con el aumento de las temperaturas medias y de la sequedad del suelo, el mayor riesgo de olas de calor y periodos de escasez de agua, una mayor desecación de la vegetación y por tanto un aumento de su

inflamabilidad de la vegetación.

El cambio climático se suma a una situación estructural de los montes españoles caracterizada por el aumento de la superficie forestal fruto del abandono del medio rural y de los aprovechamientos forestales, produciendo un aumento de las masas forestales jóvenes, inestables, y con poca o nula gestión. A esta situación se suma el origen humano del 95% de los incendios forestales, muchos de ellos intencionados, y un uso cultural del fuego arraigado en el medio rural.

Cada vez más, los grandes incendios forestales (superiores a 500 hectáreas) suponen un porcentaje más alto de la superficie total quemada anualmente. Dentro de estos grandes fuegos, desde hace dos décadas están ocupando un papel destacado los que tienen lugar durante fenómenos meteorológicos extremos. Bajo estas condiciones pueden derivar en lo que se denomina Incendios de Alta Intensidad, que se desarrollan en condiciones de alta temperatura, viento y baja humedad. Son extremadamente dañinos y peligrosos y se presentan inalcanzables para cualquier tipología de extinción. Es decir, su control es imposible si no cambian las condiciones meteorológicas reinantes.

Debido al carácter azaroso y estadístico de la meteorología, este alto riesgo no es siempre tan evidente. Y la prueba la tenemos en los últimos veranos. De hecho, el año 2011 será, pese a los incendios de las últimas semanas en Galicia, un buen año en lo referido a incendios forestales. Y estos buenos resultados, que se suman a los buenos datos de los 4/5 últimos años, se deben a un conjunto de factores entre los que destacan:

- Los avances tecnológicos, la mayor coordinación entre administraciones, la mejor preparación de los equipos humanos, y los cada vez mayores medios materiales para la extinción.
- Una mayor sensibilidad ciudadana hacia este problema.
- Un comportamiento más responsable de los colectivos históricamente implicados en el origen de los incendios forestales.
- El mejor conocimiento de las causas.
- Los cambios legislativos, en especial la reforma del Código Penal en 1995, han cortado los incendios motivados por cambios de uso del suelo y otros intereses.
- La actuación de las Fiscalías de Medio Ambiente está consiguiendo disuadir por la vía coercitiva, pero también a través de la prevención.

El riesgo de incendios es mayor pero parece que estamos ganando la batalla contra el fuego ¿Es una contradicción? ¿Se puede considerar esto una buena noticia? Por supuesto, que nadie lo dude, que no haya incendios es una muy buena noticia.

Pero los avances en la lucha contra el fuego de los últimos años tienen reverso. Recientemente, en agosto de 2011, Greenpeace España presentó un informe titulado *“Incendios Forestales. No podemos bajar la guardia”* donde exponemos la opinión de expertos forestales que alertan que el éxito en la extinción de incendios puede tener un efecto secundario, ya que si el aumento de la masa forestal no va acompañado de fuertes inversiones en gestión forestal, la acumulación continua de biomasa podría provocar que los incendios del mañana sean más virulentos y difíciles de extinguir.

Estos expertos advierten de lo que se denomina como la “paradoja de la extinción”, es decir, cómo la falta de gestión forestal y la mayor cantidad de biomasa acumulada, debido entre otras razones al éxito en la extinción, crea un paisaje con más combustible, que propicia incendios cada vez más intensos. Algo que preocupa especialmente a Greenpeace, ya que ha podido constatar cómo la crisis económica y los recortes presupuestarios han empezado a afectar a las partidas destinadas a la prevención y extinción de incendios. Lo que acaba de ocurrir en Galicia hace unos días.

Greenpeace también ha detectado cómo la “temperatura social” ha disminuido y las encuestas de

opinión reflejan que los ciudadanos relegan los incendios forestales a puestos más bajos entre los problemas medioambientales que afectan a los españoles. Y es precisamente ahora cuando no podemos bajar la guardia y pensar que los incendios han dejado de ser un problema. Si no gestionamos la gran cantidad de biomasa acumulada, sea mediante la gestión forestal, la producción sostenible de energía, las prácticas ganaderas respetuosas con el entorno o el uso controlado del fuego, más tarde o más temprano, tendremos episodios de incalculables consecuencias.

Para evitar esta situación, Greenpeace propone revisar el modelo vigente de lucha contra los incendios y evolucionar hacia una gestión global, que además de seguir apoyando y reforzando el trabajo de las Fiscalías de Medio Ambiente en la prevención y persecución del delito de incendio forestal, aborde los grandes retos derivados de la realidad forestal española donde al abandono generalizado de los montes se le añade ahora los efectos del cambio climático.

Tras los incendios de Canarias del verano de 2007 desde el principal partido de la oposición se lanzó una propuesta de pacto de Estado y un programa de choque para cambiar la política forestal y de prevención de incendios. No es la primera vez que se formula esta petición, apoyada desde las organizaciones sociales, incluida Greenpeace. Aunque el mismo partido que hacía la propuesta de pacto lo rechazaba cuando estaba en el gobierno, el Presidente Zapatero habría hecho bien en recoger el guante y hacer de la política forestal algo consensuado, estable y donde la visión a largo plazo permita manejar la situación al margen de los vaivenes electorales. Una paz forestal que sería muy buena para el monte español y para el desarrollo del medio rural, para la ciudadanía en general y para el gobierno que le toque lidiar con la próxima crisis incendiaria. Y sería preferible que lo hiciera antes de que los incendios del siglo XXI hagan su aparición el próximo verano.

Porque, que nadie lo dude, en los ecosistemas forestales mediterráneos el fuego forma parte de la dinámica natural y el fuego ha sido un agente modelador del paisaje. En España el fuego es un incómodo compañero de viaje y hay que convivir con él. El cambio climático no hace más que hacer más agresivos y más virulentos estos fenómenos. No hay que bajar la guardia ni confiarse. Y hoy, más que nunca, hace falta más gestión forestal y un gran acuerdo político que ponga la superficie forestal española entre los sectores estratégicos que merecen mayor atención presupuestaria.